

González Vera

## La Morada de las Animas

### I

**E**L viejo de la barba amarillenta, que vivía solitario en un caserón situado en el fondo de la calle, interrumpió un día su acostumbrada visita.

Nadie le habría pronosticado un término trágico. Iba concluyendo sus días como la llama final de una hoguera. Era un niño con barba que no lloraba ni alborotaba. En unos pocos años más se hubiese extinguido sin ruido, y su muerte no habría sido un motivo de remordimiento para ninguno de sus semejantes; pero dos hombres forasteros, durante la última noche que lo vimos, entraron en la pieza donde dormía y golpearon su cabeza con una piedra enorme...

Después abrieron los muebles, hurgaron todos los sitios y robaron lo que pudieron.

Los vecinos sepultaron al difunto.

### II

Ese hecho fué como un traslado del infierno al pueblo. Todas las costumbres se rompieron, las almas sufrieron un vuelco y la atmósfera se llenó de pensamientos espeluznantes. Algunos guardaron cama y gustaron en abundancia las empolvadas drogas del boticario. Otros adquirieron excelentes carabinas; no

pocos se convirtieron en devotos; los solterones más recalci-trantes matrimoniáronse de improviso, y los ricachones, después de expresar que en el pueblo nadie tenía segura su existencia, huyeron a no se sabe dónde.

En Alhué la muerte era una abstracción y el asesinato una leyenda extranjera; pero, desde ese momento, el frío de la evidencia infiltró en todos el mismo temblor.

Cada individuo se desdoblaba para sentir la obsesionante voluptuosidad de ver su imagen atravesada por un puñal, yerta, sin deseos, y muda ante el reclamo de sus deudos.

Todo acto que se realizaba era un acto postrero. La propiedad sufrió una inmediata depresión. Si alguien tenía algún empleado, lo primero que hizo fué despedirlo, pretextando una repentina pobreza.

El cura no supo en un comienzo a qué atenerse. Nadie estaba en su cauce habitual y la ola de vesania seguía esparciendo su contagio. Dentro de sus concepciones, que no podían ser muchas, ese fenómeno no podía ser sino un preludio del Juicio Final; pero como no carecía de tranquilidad mental, eliminó escrupulosamente todas las posibilidades contrarias y, cuando quedó solo con su visión del porvenir, abrió su iglesia de sol a sol, y todos sus feligreses se asociaron para una rogativa desesperada.

### III

Cuando el pueblo empezaba a convalecer de su desquiciamiento, mi padre fué destinado a otro lugar y partió sin poder llevarnos.

Entonces mi madre arrendó parte del caserón. Esa determinación nos hizo notables por algún tiempo. Era para los demás una prueba de audacia y casi un desafío al destino.

Los videntes nos observaban con visible compasión y declaraban, sin hacerse rogar, que nuestro fin estaba próximo. Al resto de la gente le extrañaba que aun no hubiésemos muerto;

pero como se nos veía vivir, tenían que postergar su involuntaria esperanza para un día cercano, incógnito todavía.

La nueva residencia fué mi amor por largos días. Encontré en ella mil detalles curiosos que se agigantaban a través de mi imaginación. La puerta era casi un tratado de historia; alta, ancha, con las molduras rotas, la base carcomida y el aldabón desfigurado y mohoso; luego, el zaguán sombrío y húmedo; después, el patio cuadrado, luminoso, con sus corredores de ladrillos, sus pilastras desquiciadas y los tinajones oscuros y vacíos para siempre.

El sello antiguo daba a todas las cosas un noble misterio; subía saltando la escalera que se desenvolvía en espiral hasta el segundo piso; desde el balcón de viejo hierro se veían las calles inanimadas, y los campos, verdes, dilatarse hasta el infinito.

También dedicaba muchas horas a recorrer las salas de la casa. Las altas y profundas murallas, decoradas con retratos de hombres ya muertos, me sumían en cavilaciones absurdas y caprichosas. Creía que esos muros conservaban más de algún secreto y buscaba, con febril afán, el botón mágico que haría retroceder la muralla.

Ya me sentía bajando la escala de un tenebroso subterráneo. Qué admirables objetos y qué valiosos bienes debían hallarse en el subsuelo; pero como mis tacteos fueron siempre infructuosos mis esperanzas se durmieron.

#### IV

El resto del caserón lo habitaba la hija del extinto, su marido y la prole.

Loreto era de escasa estatura, delgada, con la faz plomiza. Tenía carácter uniforme, no gritaba; para rodearse de silencio hacía que sus niños permaneciesen en el fondo de la viña. Su conversación versaba invariablemente sobre asuntos tristes. Cuando caía en el tema de las enfermedades describía con un vigor extraño y sorprendente.

Su marido, que se llamaba Tristán, era un hombrón de figura heroica. Su mirada brillante, su barba rojiza y su gruesa voz, impresionaban a los desconocidos. Cada palabra suya fricciónaba; hablaba para oyentes lejanos, porque su voz salía del cuarto como bala perdida e iba estrellándose por las pilastras del patio.

Andaba el día entero con la escopeta a la espalda. Una que otra vez traía en el morral un par de conejos. En tales circunstancias, a semejanza de los veteranos, contaba prolijamente los incidentes de la caería.

Su mujer cada año tenía un hijo.

## V

La casa, aparte de nosotros, estaba habitada por ánimas que se evidenciaban sólo de noche. Yo no conseguí individualizar más que el espíritu del viejo asesinado.

En la niñez, los espíritus errantes son algo así como conocidos que no se dejan ver, pero que mediante ruidos especiales mantienen sus relaciones con los demás.

A veces andan con el mismo paso del pariente fallecido; imitan fielmente el golpe de tos que solía darle en el invierno; se quejan con su mismo quejido o modulan alguna palabra que pronunció a menudo.

El espíritu del viejo asesinado tomaba posesión de la casa apenas caía la sombra. Desde mi cama lo sentía pasar por el corredor, pegado a la pared y cargando más un pie a causa de la cojera que tuvo en vida.

Alguna vez, mientras caminaba, iba dando golpecitos en la muralla. Así manifestaba su buen humor. Después de trajinar un poco, hacía rodar las tinajas en torno del patio procurando tal vez llevarlas a la viña. Quizá si le asaltaba el deseo de vendimiar; pero ya no dominaba la materia y el sendero del viñedo era largo.

Su incapacidad lo desesperaba. Solía entrar en las piezas y abrir más o menos violentamente los muebles. Sus búsquedas

eran siempre infructuosas, porque se iba al dormitorio que fué suyo con el paso irregular del hombre derrotado.

## VI

Las mujeres hablaban de las ánimas sin ninguna emoción. Ni siquiera les temblaba la voz.

Cuando el extinto concentraba sus ruidos en un lugar determinado, buscaban la explicación precisa. Suponían que el finado había querido indicar la existencia de un entierro, en el sitio donde estuvo golpeando la última noche. Y en consecuencia, era indispensable descubrirlo para que a él se le admitiese en el cielo.

Creían, con no poco júbilo, que podía haber una cajuela con onzas de oro. Tal vez Marcó del Pont ocultó ahí su fortuna.... Los viejos sabían por sus padres que Marcó se detuvo en ese pueblo, cuando iba escapando hacia San Antonio. Loreto concentraba toda su esperanza en esa arrebatadora leyenda.

Tristán, además de creer en los entierros, tenía el deseo obsesionante de encontrarse con alguno.

Cuando el día no era propicio para salir al campo con la escopeta a la espalda, practicaba excavaciones pacienzudas en todos los sitios signados por un ruido especial. Barreteaba con la mayor devoción, despreocupándose de los kilos que traspiraba en cada jornada. A veces su chuzo resbalaba y producía un ruido de tonalidad menos concreta.

Entonces corría en busca de su mujer y le anunciaba con voz entre emocionada y temerosa;

—¡Figúrate, Loreto...! Mi chuzo acaba de topar con algo que suena a hueco. ¿Será? No. Sin embargo... ¿por qué no vienes?

Y ambos igualmente anhelantes, se precipitaban al hoyo.

Tristán se escupía las manos y clavaba la barreta con enconado frenesí.

Loreto, impaciente también, iba retirando la tierra con una pala, sin olvidarse de ir mascullando cualquier oración eficaz.

El objeto misterioso era, cuando no un trozo de ladrillo, una tabla podrida, un pedazo de hierro, una piedra...

Apenas constataba el resultado, Loreto tiraba la herramienta y exclamaba con cierta enconada superioridad:

—¡Que hombre más asuntero!

El asuntero se limpiaba el sudor y recapacitaba, más o menos oscuramente, sobre su preocupación favorita... El fracaso no llegaba a deprimirlo. Su lógica le indicaba que la cajuela debía encontrarse más abajo. Si así no fuese ya estaría en sus manos...

Y el chuzo continuaba hiriendo la tierra.

## VII

Mientras iba desapareciendo en el hoyo y sus brazos alzaban y hundían la barreta, se dejaba engaluzar por su interesada fantasía.

¡Ah, si diese con el arca! Ya se imaginaba el gustazo que tendría. Compraría las tierras colindantes, sembraría, haría una plantación de árboles frutales, acrecentaría la viña y contrataría varios peones. Después enviaría a Santiago lo que cosechase. Esa sí que sería vida.

Podría entonces hartarse, pasear, imponer su voluntad. Los de su condición no seguirían tratándolo familiarmente. Es seguro que no se atreverían a quitarle el don cuando tuviesen necesidad de mencionarlo.

Sus cavilaciones le inmunizaban contra el cansancio; pero, a pesar suyo, tenía que devolver la tierra al hoyo abierto, apenas entraba la noche.

Sin embargo, no pensaba que el entierro fuese una ficción; creía que los espíritus malignos lo cambiaban de lugar, a fin de postergar la liberación del difunto. Empero, en su interior el fracaso dejaba una gotita de amargura.

Poníase taciturno y tragaba todo el aguardiente que encontraba a su alcance. Y naturalmente, el alcohol lo inducía a

empalagar a su mujer con actitudes heroicas y ademanes terribles.

Su pequeña mujer, que cocinaba, cuidaba las hortalizas y vigilaba a sus chicos, no parecía asustarse. Tranquilamente tomaba un garrote y lo iba descargando, casi con dulzura, contra las espaldas de su hombre. Este se callaba y se marchaba a su cama con aire pensativo...